

GEORGES SIMENON

MAIGRET EN  
EL PICRATT'S

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE CARIDAD MARTÍNEZ

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O


TÍTULO ORIGINAL *Maigret au Picratt's*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

MAIGRET AU PICRATT'S © 1951 by Georges Simenon  
Limited, todos los derechos reservados

«Maigret au Picratt's» © 2017 by Georges Simenon  
Limited, todos los derechos reservados

GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados  
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2017 by Caridad Martínez González  
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu  
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, la VI Flota en el Grill Room, Barcelona (1953)

ISBN: 978-84-16748-71-6  
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 077-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para el agente Jussiaume, a quien su ronda nocturna llevaba a diario, minuto más o menos, a pasar por los mismos sitios, las idas y venidas como aquélla se integraban de tal modo en la rutina que las registraba maquinalmente, un poco como los vecinos de una gran estación registran las llegadas y salidas de los trenes.

Caía aguanieve y Jussiaume se había refugiado un momento en un portal, en la esquina de la rue Fontaine con la de Pigalle. El rótulo rojo del Picratt's era uno de los poquísimos del barrio que seguía encendido y ponía una especie de charcos de sangre en el pavimento mojado.

Era lunes, un día muerto en Montmartre. Jussiaume habría sido capaz de decir en qué orden se habían ido cerrando la mayor parte de las boîtes. Vio el rótulo de neón del Picratt's apagarse a su vez, y el dueño, bajo y corpulento, con una gabardina beige sobre el smoking, salió a la acera para hacer girar la manivela del cierre.

Una silueta, que parecía la de un niño, se deslizó pegada a la pared y bajó por la rue Pigalle en dirección a la rue Blanche. Después dos hombres, uno de los cuales llevaba un estuche de saxofón bajo el brazo, subieron hacia la place Clichy.

Casi inmediatamente, otro hombre se dirigió hacia el cruce de Saint-Georges, con el cuello del abrigo levantado.

El agente Jussiaume no conocía sus nombres, y los rostros apenas, pero aquellas siluetas, y centenares más, tenían, para él, un sentido.

Sabía que una mujer estaba a punto de salir, con un abri-

go de pieles claro, muy corto, empinada sobre unos tacones exageradamente altos, y que echaría a andar muy deprisa, como si le diera miedo verse sola en la calle a las cuatro de la madrugada. Sólo había de recorrer cien metros hasta la casa donde vivía. Tendría que llamar porque, a aquellas horas, el portal estaba cerrado.

Y finalmente, las dos últimas mujeres, siempre juntas, que caminaban hablando a media voz hasta la esquina y se separaban pocos pasos después. Una de ellas, la mayor y más alta, remontaba contoneándose la rue Pigalle hasta la de Lepic, donde la había visto a veces entrar en su casa. La otra dudaba, le miraba como si quisiera dirigirse a él, y luego, en vez de bajar por la rue de Notre-Dame-de-Lorette, enfilaba hacia el bar-tabac de la esquina de la rue de Douai, donde aún se veía luz.

Parecía haber bebido. Llevaba la cabeza al descubierto. Se veía relucir su dorada cabellera al pasar bajo un farol. Avanzaba despacio, deteniéndose a veces, como hablando consigo misma.

El dueño del bar le preguntó con familiaridad:

—¿Café, Arlette?

—Carajillo.

E inmediatamente pudo percibirse el tan característico aroma del ron al calentarse en el café. Dos o tres hombres bebían en la barra, pero no los miró.

El dueño declaró más tarde:

—Parecía muy cansada.

Quizá por eso se tomó otro carajillo de ron, esta vez doble, y le costó sacar las monedas del bolso.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El agente Jussiaume la vio volver a pasar, y, cuando bajaba por la calle, sus andares eran menos firmes aún que al

subirla. Cuando llegó a su altura, ella le vio, en la oscuridad, se detuvo frente a él y dijo:

—Quiero hacer una declaración en comisaría.

—Es fácil. Ya sabe dónde está—le contestó Jussiaume.

Era casi enfrente, en cierto modo detrás del Picratt's, en la rue La Rochefoucauld. Desde donde estaban, ambos podían ver el farol azul y las bicicletas para patrullar de los agentes alineadas contra la pared.

Al principio creyó que no iría, pero luego la vio cruzar la calle y entrar en el edificio oficial.

Eran las cuatro y media cuando entró en el despacho mal iluminado en el que no había más que el brigada Simon y un joven agente no titular. Y repitió:

—Quiero hacer una declaración.

—Dime, tesoro—contestó Simon, que llevaba veinte años en el distrito y ya estaba acostumbrado.

Iba muy pintada y se le había corrido un poco el maquillaje. Llevaba un vestido de raso negro y encima un abrigo de imitación de visón, se tambaleaba levemente y se agarraba a la barandilla que separa a los agentes de la parte reservada al público.

—Se trata de un crimen.

—¿Se ha cometido un crimen?

Había un gran reloj eléctrico en la pared y ella lo miró, como si la posición de las agujas tuviera algún sentido.

—No sé si se ha cometido.

—Entonces no hay tal crimen.

El brigada le había guiñado el ojo a su joven colega.

—Probablemente va a cometerse. Seguramente va a cometerse.

—¿Quién te lo ha dicho?

Parecía como si siguiera con dificultad sus pensamientos.

—Los dos hombres, hace poco.

—¿Qué hombres?

—Unos clientes. Trabajo en el Picratt's.

—Ya decía yo que te había visto en alguna parte. Tú eres la que se desnuda, ¿no?

El brigada no había asistido nunca a los espectáculos del Picratt's, pero pasaba por delante todas las mañanas y todas las noches, y veía, en la fachada, la ampliación de la foto de la mujer que ahora estaba ante él, así como las fotos más pequeñas de las otras dos.

—¿Y así por las buenas, unos clientes te han hablado de un crimen?

—A mí no.

—¿A quién?

—Hablaban entre ellos.

—¿Y tú escuchabas?

—Sí. No lo oía todo. Había una mampara por medio.

Otro detalle que el brigada Simon entendía. Cuando pasaba por delante de la boíte a la hora que hacían la limpieza, la puerta estaba abierta. Se veía una sala oscura, decorada toda en rojo, con una pista reluciente, y a todo lo largo de las paredes, las mesas separadas por mamparas.

—Cuéntame. ¿Cuándo ha sido?

—Esta noche. Hará unas dos horas. Sí, debían de ser las dos de la madrugada. Yo no había hecho mi número más que una vez.

—¿Qué decían esos dos clientes?

—El más viejo decía que iba a matar a la condesa.

—¿Qué condesa?

—No lo sé.

—¿Y cuándo?

—Probablemente hoy.

—¿No temía que le oyeras?

—Él no sabía que yo estaba al otro lado de la mampara.

—¿Estabas sola?  
—No. Con otro cliente.  
—¿Conocido tuyo?  
—Sí.  
—¿Quién es?  
—Sólo sé el nombre de pila. Se llama Albert.  
—¿Él también lo oyó?  
—No creo.  
—¿Por qué no?  
—Porque me tenía las dos manos cogidas y me estaba hablando.  
—¿De amor?  
—Sí.  
—¿Y tú, mientras, escuchabas lo que iban diciendo al otro lado? ¿Puedes recordar exactamente las palabras que se pronunciaron?  
—Las palabras exactas, no.  
—¿Estás borracha?  
—He bebido bastante, pero aún sé lo que me digo.  
—¿Bebes así todas las noches?  
—No tanto.  
—¿Fue con Albert con quien bebiste?  
—Sólo tomamos una botella de champán. Yo no quería hacerle gastar.  
—¿No es rico?  
—Es muy joven.  
—¿Está enamorado de ti?  
—Sí. Quiere que deje la boîte.  
—Así que tú estabas con él cuando llegaron los dos clientes y se sentaron del otro lado de la mampara.  
—Así es.  
—¿Y no los viste?  
—Los vi luego, de espaldas, cuando se iban.

—¿Estuvieron mucho rato?

—Quizá una media hora.

—¿Bebieron champán con tus compañeras?

—No. Creo que pidieron brandy.

—¿Y empezaron enseguida a hablar de la condesa?

—Enseguida, no. Al principio no me fijé. Lo primero que oí fue una frase como: «¿Comprendes?, todavía tiene buena parte de sus joyas, pero al paso que va, eso no va a durar mucho».

—¿Qué tipo de voz tenía?

—Una voz de hombre. De hombre ya de cierta edad. Cuando salían vi que uno era bajo, fornido, con el pelo gris. Debía de ser ése.

—¿Por qué?

—Porque el otro era más joven y no era la voz de un hombre joven.

—¿Cómo iba vestido?

—No me fijé. Creo que iba de oscuro, quizá de negro.

—¿Habían dejado el abrigo en el guardarropa?

—Supongo que sí.

—Así pues, dijo que la condesa aún tenía parte de sus joyas, pero que al paso que iba, eso no duraría mucho.

—Así es.

—¿Cómo decía de matarla?

La verdad es que la chica era muy joven. Mucho más joven de lo que pretendía aparentar. En algún momento, parecía una niña amedrentada a punto de echar a correr. En esos instantes, se aferraba al reloj con la mirada, como buscando inspiración. Su cuerpo oscilaba imperceptiblemente. Debía de estar muy cansada. Hasta el brigada llegaban, mezclados con el olor del maquillaje, leves efluvios de sudor que emanaban de sus axilas.

—¿Cómo decía de matarla?—repitió.



—Ya no lo sé. Espere. No estaba sola. No podía escuchar todo el rato.

—¿Albert te estaba toqueteando?

—No. Me tenía cogidas las manos. El hombre mayor dijo algo así como: «He decidido liquidar el asunto esta noche».

—Eso no quiere decir que vaya a matarla. Podría dar a entender que le va a robar las joyas. Y nada prueba que no sea un acreedor dispuesto sencillamente a enviarle un requerimiento judicial.

—No—replicó ella con cierta obstinación.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no era eso.

—¿Hablabla claramente de matarla?

—Estoy segura de que eso es lo que quiere hacer. No recuerdo las palabras.

—¿No puede ser un malentendido?

—No.

—¿Y de eso hace dos horas?

—Un poco más.

—Y tú, sabiendo que un hombre iba a cometer un crimen, ¿hasta ahora no has venido a decírnoslo?

—Estaba asustada. Y no podía salir del Picratt's antes de que cerraran. Alfonsí es muy estricto en eso.

—¿Aunque le hubieras dicho la verdad?

—Seguro que me habría contestado que no me meta donde no me llaman.

—Trata de recordar todas las palabras que intercambiaron.

—No hablaban mucho. No lo oía todo. La música sonaba. Luego Tania hizo su número.

El brigadier ya había empezado a anotar, pero con cierta indiferencia, sin tomárselo muy en serio.

—¿Tú conoces a alguna condesa?

—No creo.

—¿Hay alguna que frecuente la boîte?

—No vienen muchas mujeres. Y nunca oí decir de ninguna clienta que fuera condesa.

—¿No te las compusiste para ir a mirar a los hombres de cara?

—No me atreví. Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que supieran que lo había oído.

—¿Cómo se llamaban el uno al otro?

—No me fijé. Creo que uno de los dos se llama Oscar. No estoy segura. Me parece que he bebido mucho. Me duele la cabeza. Tengo ganas de ir a acostarme. De haber sabido que no me creería, no habría venido.

—Ve a sentarte.

—¿No puedo irme?

—Ahora no.

Le señaló un banco adosado a la pared, debajo de los anuncios oficiales en blanco y negro.

Luego, de pronto, volvió a dirigirse a ella:

—¿Tu nombre?

—Arlette.

—Tu verdadero nombre. ¿Llevas el carnet de identidad?

Lo sacó de su bolso y se lo alargó. Él leyó: «Jeanne-Marie-Marcelle Leleu, 24 años, natural de Moulins, artista coreográfica, rue Notre-Dame-de-Lorette, n.º 42, escalera B, París».

—¿No te llamas Arlette?

—Es mi nombre artístico.

—¿Has trabajado en el teatro?

—En teatros de verdad, no.